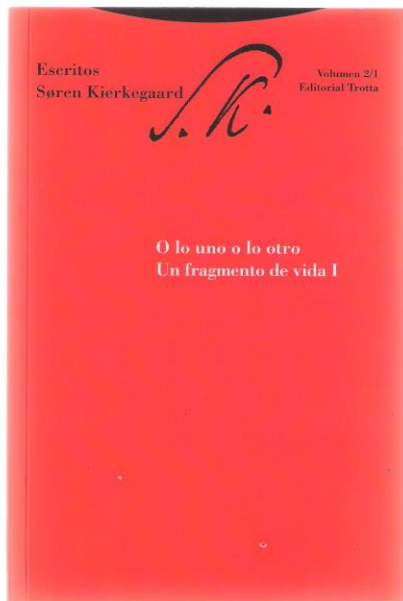


Comentario de libros



O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida I.

Autor: Sören Kierkegaard

Trotta. Madrid, 2006.

439 pags.

Dr. Hernán Villarino

No ha existido una traducción sistemática de Kierkegaard al castellano. Se ha traducida ora este, ora aquel otro texto, sin que hubiera orden, separando a veces lo que iba unido o uniendo lo que iba separado. Su obra filosófica fundamental, el Post Scriptum, recién fue vertida al castellano el 2010. Por fortuna, la editorial Trotta ha iniciado ya la empresa que pondrá en nuestra lengua toda la obra del danés, con excelentes traducciones autorizadas, estudiadas y críticas.

Kierkegaard vivió 42 años, y a su muerte su obra se empinaba a los cincuenta y tantos libros. Pues bien, la primera de sus publicaciones es ésta que comentamos. Tiene un gran interés porque en ella está expuesto por primera vez lo que Kierkegaard

entenderá como la dimensión estética de la vida humana. El uso del término “estético” no está primariamente vinculado con la belleza, sino con la sensibilidad. La palabra anestesia, por ejemplo, supone que quien la ha recibido ha dejado, o se le ha suprimido, la sensibilidad.

La *aistesis*, el término original griego desde el que parte el danés, alude sin duda a la sensación, pero, también, al sentimiento. Ahora bien, la vida sensible, para muchos de los modernos y de los posmodernos, está en pugna o en lucha con la vida racional, o del espíritu. No lo entendieron así los griegos, tampoco Kierkegaard. La vida sensible tiene características propias, que no son las mismas que la vida racional, pero eso no significa que ambas estén en contradicción o que una de ellas sea buena y la otra mala.

Muchos consideran a Kierkegaard un romántico, pero bastaría la lectura de este texto para ver qué lejos cae nuestro autor de esa caracterización. Para el romántico el sentimiento y la razón son dos órdenes del conocer, que no sólo no están vinculados, sino que lo que uno sabe el otro ni siquiera es capaz de comprenderlo. El romántico valora sobre todo el sentimiento, y las emprende con virulencia contra la fría razón, etc.

No es el caso de Kierkegaard, insistimos. El problema, para él, no estriba en las diferencias razón-sentimiento, que de haberlas sin duda que las hay, sino en la multiplicidad e infinitud de las razones. Es la razón la que pelea consigo misma, la que una vez comenzada la lucha intestina de unos argumentos con otros, en la que ella propiamente está comprometida y constituye su sustancia, no puede ya detenerse.

Como la razón no sólo encuentra argumentos y razones, sino, también, contraargumentos para cada razón hallada, hay en ella algo vertiginoso, un impulso, al mismo tiempo magnífico y horrible que arrastra la existencia humana hacia el infinito y le impide el reposo, la calma, la armonía y la seguridad.

El hombre que debate incansablemente consigo mismo y el mundo, es decir, el hombre existente, el que existe real y efectivamente, no puede eludir esta espantosa dialéctica, salvo, como postula Kierkegaard, que cerrando los ojos, mirando para otro lado y aun así saturado de angustia, se esconda en los dogmas y las convenciones sacrificando penosamente la humanidad de su propia existencia.